

# The Standard Bearer

## El Portaestandarte

**The Standard Bearer** (ISSN 0362-4692 [impreso], 2372-9813 [en línea]) es una publicación mensual, publicada por la Reformed Free Publishing Association; 1894 Georgetown Center Dr. Jenison MI 49428-7137.

### Política de reimpresión y publicación en línea

Por la presente se concede permiso para la reimpresión o publicación en línea de los artículos del Standard Bearer por otras publicaciones, siempre que dichos artículos reimpresos se reproduzcan en su totalidad; se citen debidamente; y que se envíe a la oficina editorial una copia de la publicación periódica o de la ubicación de Internet en la que aparece dicha reimpresión o publicación.

### Política editorial

Cada editor es el único responsable del contenido de sus propios artículos.  
Las cartas al editor deben limitarse a 600 palabras, estar escritas de manera fraternal y responder únicamente a artículos publicados (no a cartas publicadas). Se pueden incluir intercambios más extensos sobre un tema importante de amplio interés como contribuciones de invitados a discreción de los editores. Las cartas y contribuciones se publicarán a discreción del editor y podrán editarse para su publicación.  
Todas las comunicaciones relativas a los contenidos deberán dirigirse a la redacción.

### Precio de la Suscripción completa

37,00 dólares al año en EE.UU., 52,00 dólares en el resto del mundo. e-suscripción: \$22.00 e-suscripción gratuita para los actuales suscriptores de la edición impresa.

### Política publicitaria

El Standard Bearer no acepta publicidad comercial de ningún tipo. Los anuncios de eventos de la iglesia y la escuela, aniversarios, obituarios, y las resoluciones de simpatía serán por una cuota de \$10.00. Los anuncios deben enviarse, con la cuota de \$10.00, a: RFPA, Attn: SB Announcements, 1894 Georgetown Center Dr, Jenison, MI 49428-7137 (correo electrónico: mail@rfpa.org). La fecha límite para los anuncios es un mes antes de la fecha de publicación.

Página web de la RFPA: [www.rfpa.org](http://www.rfpa.org)

Página web de la PRC : [www.prca.org](http://www.prca.org)

La Reformed Free Publishing Association mantiene la privacidad y la confianza de sus suscriptores al no compartir con ninguna persona, organización o iglesia ninguna información sobre los suscriptores del Standard Bearer.

### Oficina editorial

Prof. Barry Gritters  
4949 Ivanrest Ave SW  
Wyoming, MI 49418  
[gritters@prca.org](mailto:gritters@prca.org)

### Oficina comercial

Sr. Dwight Quenga  
1894 Georgetown Center Dr  
Jenison, MI 49428-7137  
616-457-5970  
[dwright@rfpa.org](mailto:dwright@rfpa.org)

Traducción al español por cortesía de Jorge Carbajal  
correo electrónico: [jorge.carbajal.a@hotmail.com](mailto:jorge.carbajal.a@hotmail.com)

Para obtener una copia completa de la versión original en inglés del Standard Bearer visite [www.rfpa.org](http://www.rfpa.org) para suscribirse. Si desea una copia completa de un solo número, envíe un correo electrónico a [mail@rfpa.org](mailto:mail@rfpa.org).

**Octubre, 2025 • Volumen 102, Números 1 y 2**

## Contenido:

**DESDE EL VIENTRE, TU ERES MI DIOS**

**MEDITACIÓN | Rev. Wilmer Bruinsma | 2**

**WILLIAM TYNDALE Y LA BIBLIA DEL REY JACOBO**

**Rev. Angus Stewart | 5**



REFORMED  
FREE PUBLISHING  
ASSOCIATION

El Portaestandarte\* OCTUBRE 2025 1



## DESDE EL VIENTRE, TU ERES MI DIOS

**REV. WILBUR BRUINSMA**

Ministro emérito de las Iglesias Reformadas Protestantes y miembro de la PRC en Pittsburgh, Pensilvania.

**Pero tú eres el que me sacó del vientre; El que me hizo estar confiado desde que estaba a los pechos de mi madre. Sobre ti fui echado desde antes de nacer; Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios. —Salmo 22:9, 10**

Abandonado y solo, David probablemente se encontraba sentado en alguna cueva o en una tienda de campaña en Filistea mientras escribía este salmo. Era perseguido por Saúl, el rey de Israel, huyendo por su vida, alejado de su familia, amigos y compatriotas. En su angustia, David eleva su lamento a Dios: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”. Poco sabía este humilde siervo de Dios que, siendo guiado por el Espíritu, estaba registrando en varios versículos de este salmo, con la mayor precisión, lo que ocurrió en los sufrimientos de Cristo en la cruz. Pero David estaba agobiado con su propio temor y tormento. Su clamor surgió de sus propias penas.

Años antes de David, Job también había sufrido graves aflicciones. Tanto es así que maldijo el día de su nacimiento: “Perezca el día en que yo nací, y la noche en que se dijo: ¡Varón es concebido!” (Job 3:3). La reacción de David ante sus aflicciones es opuesta a la de Job: “Pero tú eres el que me sacó del vientre; El que me hizo estar confiado desde que estaba a los pechos de mi madre”.

“Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios”. ¡Qué confesión tan notable!

Pero ¿por qué confesar esto en medio de las dificultades?

David reflexiona sobre una obra milagrosa de Dios en su vida cuando era un niño: la obra de la regeneración. David no se considera un convertido en su vida adulta. No habla de una conversión consciente que haya tenido lugar cuando era mayor, como algunos insisten en que deben experimentar antes de recibir la certeza de Dios de que son creyentes. Se sobreentiende el lugar de David en el pacto y en la comunión de Dios como la de un niño que aún estaba en los pechos de su madre. David nos enseña que fue regenerado cuando aún era un infante.

¡Él lo creyó! Y en ello encontró su seguridad de que Dios estaba con él incluso ahora, mientras huía de la presencia de Saúl.

David expresa al comienzo del versículo 9 una verdad asombrosa que quizás damos por sentada, pero que rara vez reconocemos acerca del parto: “Tú eres el que me sacó del vientre”. David reconoce, al igual que nosotros, que Dios tiene el control del nacimiento de los niños. Sin duda, el nacimiento de un niño se produce por causas naturales. Desde ese punto de vista, no es un milagro. La comunidad científica y la profesión médica han descubierto bien lo que implica la concepción y el nacimiento de un bebé. Pero la incredulidad lo ve todo de una manera estrictamente mecánica. El mundo incrédulo depende de la pericia de los médicos y enfermeras, pero no reconoce lo que David confiesa aquí: “¡Dios me sacó del vientre!”

Sabemos que los milagros no ocurren todos los días, pero cuando vemos a ese bebé que por primera vez sale del vientre de su madre, ¡casi diríamos que es un milagro! ¿Qué impide que ese bebé perezca en el vientre de la madre antes de nacer? Cantamos con el

salmista en el Salmo 139: “¡Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras!”. La misma mano de Dios que mantiene las aguas de la tierra dentro de sus límites, la misma mano que mantiene a los planetas en sus órbitas alrededor del sol, es la mano que forma a cada niño en el vientre. Dios puede usar las manos del médico para sacar a un niño del vientre, pero es la poderosa y gloriosa mano de Dios la que toma a cada niño, lo libera y lo coloca en los pechos de su madre.

Pero ¿por qué David relata esta bendita verdad acerca de su propio nacimiento en el contexto del sufrimiento que expresa en este salmo?

Porque él, ahora en fe, durante el tiempo de dificultad en que estaba abrumado por el temor a la muerte, encontró fortaleza en su Dios, quien estuvo con él desde su nacimiento. Dios, ya entonces, le reveló su amor paternal al traerlo a este mundo. Del mismo modo, ahora Dios cuidaba de él en su hora de necesidad. Aquí estaba la evidencia para David de la bondad de Dios hacia él. ¿Cómo puede un recién nacido seguir viviendo si no fuera por el alimento y el cuidado que Dios le proporciona a él o ella? Pues bien, lo mismo es cierto de nosotros cuando hemos llegado a ser adultos. Nuestro Dios continúa cuidándonos también ahora, así como cuida a un bebé sobre el pecho de su madre. Esto es cierto cuando la vida transcurre con normalidad y todo va bien. Pero también es verdad cuando nos acechan las dificultades. Dios, con su cuidado misericordioso, nos sostiene y nos fortalece en nuestras debilidades. Así como nuestra sustancia no estuvo oculta de Dios cuando nos formó en el vientre, tampoco estamos ocultos de Dios cuando atravesamos pruebas en esta vida.

¡Ah, la fe de los padres creyentes! “¡Sobre ti fui echado desde antes de nacer!”

Sabiendo que Dios ha formado a su hijo en el vientre, al nacer, la madre creyente lo encomienda a Dios. La palabra “echar” significa literalmente “entregar”. Una madre creyente entrega su hijo a Dios, quien se lo ha dado. Existe un vínculo natural que se desarrolla entre una madre y su hijo. Ella ha llevado a su hijo en su vientre durante nueve meses. Ha sentido la vida en su vientre. Ella era consciente de cuidar a su bebé por nacer mientras aún estaba en su vientre. Da a luz a ese bebé. Dios lo saca, pero ella empuja para que salga. Existe un vínculo de sangre y cuerpo entre madre e hijo. Por esa razón, una madre creyente entrega a su hijo a la gracia de Dios desde el momento de su nacimiento.

¿Acaso no es esto cierto, padres creyentes? ¿No es esto lo que hacemos conscientemente cuando nacen nuestros hijos? No solo deseamos la salud física de nuestro bebé, sino también su salud y crecimiento *espiritual*. No solo nos preocupa que nuestro bebé esté sano, sino que la mayor preocupación de los padres creyentes es ver a su pequeño crecer amando al Señor. David reconoció esto en sus propios padres. Ellos fueron fieles al entregarlo a Dios, es decir, al encomendarlo al cuidado de Dios. Que fue confiado a Dios desde la infancia le dio a David un gran consuelo en esta hora de necesidad.

Este acto de fe por parte de sus padres le brindó a David el mayor consuelo en medio de las dificultades y pruebas que enfrentaba en la vida. Al ser encomendado a Dios, Él escogió obrar en su corazón desde su infancia. Dios lo salvó del pecado. “Se me dio esperanza”, explica David, “mientras yacía en los pechos de mi madre”. En realidad, el término traducido aquí como esperanza en el original es “hacer que se apoye” o “confiar”. La idea, entonces, sería: “Mientras era un bebé que me alimentaba de los pechos de mi madre, Tú, Señor, hiciste que me apoyara en Ti o confiara en Ti”. David se regocija de que, siendo aún un bebé, Dios lo regeneró. Dios no solo nos concede la vida en nuestro primer nacimiento a través de nuestras madres, sino que también da un nuevo nacimiento espiritual a sus hijos. Dios, en su gracia, regeneró a David mientras él todavía estaba en los pechos de su madre.

La regeneración dentro del ámbito de la iglesia y el pacto generalmente ocurre en la infancia. Por supuesto, no siempre es así. A veces Dios no regenera a un miembro de su iglesia sino hasta más adelante en la vida, como fue el caso del apóstol Pablo. Otras veces,

Dios no los regenera en absoluto. No podemos suponer que Dios elige salvar a todos los niños nacidos en la iglesia. Pero, *normalmente*, en las generaciones de los creyentes dentro de la iglesia, la regeneración tiene lugar en la infancia.

La regeneración es esa obra de Dios a través del Espíritu de Cristo, por la cual Él infunde en el corazón de un pecador muerto la nueva vida de Cristo. Es el primer paso en nuestra salvación. Mediante la renovación del Espíritu Santo, Dios injerta a sus hijos en Jesucristo para que puedan recibir vida de Él. David confiesa que Dios implantó esta nueva vida en él cuando aún era un bebé en los pechos de su madre. Fue creado para tener esperanza (confiar) en Dios desde su niñez. Es cierto que no podemos ver esa esperanza en un bebé. Los bebés mismos no son conscientes de su salvación. Pero Dios la siembra en sus corazones. Esta se hace evidente a medida que nuestros hijos crecen y manifiestan esa confianza en Dios en sus vidas.

Así pues, este es el consuelo de David en los días difíciles que le sobrevinieron. Primero, Dios lo sacó del vientre de su madre. Segundo, Dios le dio padres creyentes que lo entregaron a Dios desde el momento de su nacimiento. Tercero, Dios, en su gracia, obró en su corazón desde que era un infante. ¡David fue pasivo en todo esto!

Él no hizo nada para nacer. No hizo nada cuando sus padres lo encomendaron inmediatamente a Dios. No hizo nada en la obra de su regeneración. Todo esto fue por el cuidado y el amor que Dios le tenía. La salvación es realmente del Señor.

¡Ahí radica el meollo del asunto! Esto fue cierto para David; esto es cierto para ti, para mí y para nuestros hijos debido al sufrimiento y la muerte de nuestro Salvador.

La naturaleza profética de este salmo nos habla de la fuente de nuestra salvación. La esperanza que caracterizaba a los santos del Antiguo Testamento se centraba en la venida de su Mesías. Ellos confiaban en que Dios cumpliría la promesa de su pacto con ellos, que enviaría a Alguien que los libraría del pecado. David vivió en esta fe. La esperanza que Dios obró en su corazón desde niño creció y floreció a lo largo de su vida. Él creyó en el Mesías que había de venir. Esto lo motivaba. David encontró fortaleza en esta fe, incluso cuando era perseguido por el Rey Saúl y se escondía en cuevas.

Lo mismo se aplica a nosotros como creyentes hoy. Confiamos en el Dios vivo que nos ha salvado por medio de la sangre de Cristo. Creemos que Él fue abandonado por Dios para que nosotros jamás lo fuéramos. Mediante su muerte, pasamos a ser objeto del favor y la comunión de Dios. Dios jamás hará oídos sordos a sus hijos que lo invocan. Él escucha nuestros clamores. ¡Por supuesto! Él nos sacó del vientre y nos dio esperanza.

Este Dios es nuestro Dios para siempre.